



CAPÍTULO II

BIENAVENTURANZAS EN LOS SERMONES DEL MONTE (MT), DEL LLANO (LC) Y EN OTROS LUGARES DEL NUEVO TESTAMENTO



2. BIENAVENTURANZAS EN LOS SERMONES DEL MONTE (MT), DEL LLANO (LC) Y EN OTROS LUGARES DEL NUEVO TESTAMENTO

Como se ha dicho, Mateo y Lucas nos traen, cada uno en un contexto diferente, una lista de bienaventuranzas en el contexto del llamado sermón del monte, en el caso de Mateo (5,1-7,29 [5,3-12]), y en el de la llanura en el caso de Lucas (6,20-49 [6,20-23]). Esta reunión de textos de carácter “macárico” nos interesa de manera especial en este capítulo. Sobre ambos conjuntos existen numerosos estudios, comentarios y aproximaciones teológicas. El interés que tiene considerarlos en este lugar de este trabajo se debe a que ellos nos permiten precisar mejor el sentido de otros materiales que en este sentido nos encontramos en el Nuevo Testamento, en particular dentro del género literario de los evangelios y más concretamente en los evangelios de Mateo, Lucas y Juan.

Entre los aportes que más utilidad han tenido para la elaboración de este trabajo está la obra de John P. Meier (2008, p. 385, 409-453, 464), sobre todo por la manera como resuelve la pregunta acerca de la autenticidad de estos *logia*, pero también en razón de sus planteamientos acerca del significado que ellos tienen dentro de la temática general de la proclamación del Reino de Dios por parte de Jesús.

2.1. Contexto de las series de bienaventuranzas de Mateo y Lucas

Las dos listas de bienaventuranzas que encontramos en los evangelios de Mateo y Lucas aparecen en contextos diferentes y desempeñan su papel en el texto de acuerdo con lo que podríamos llamar la teología propia de cada uno de estos evangelios. Una breve presentación del tema nos puede servir para reconocer la función de estas listas tienen en el contexto en que aparecen.

2.1.1. En el evangelio de Mateo

Como bien se sabe, en el evangelio de Mateo la “enseñanza” de Jesús aparece estructurada en cinco discursos, cada uno de los cuales se concluye con una fórmula estereotipada: “Y sucedió que cuando Jesús terminó estas palabras...” (Καὶ ἐγένετο ὅτε ἐτέλεσεν ὁ Ἰησοῦς...”: 7,28; 11,1; 13,53; 19,1; 26,1). De acuerdo con la estructura del evangelio, cada discurso está acompañado de una sección narrativa. El hecho de haber utilizado la fuente Q de esta manera, nos permite descubrir el propósito redaccional de la estructura del evangelio que no se explica solamente, por así decir, por la inspiración a la luz de la cual comprendemos toda la literatura canónica, sino

también en virtud de la intencionalidad propia del autor¹³. A los cinco discursos que encontramos en el evangelio de Mateo les damos los siguientes títulos:

1. El sermón de la montaña: 5,1-7,29
2. El sermón misionero o apostólico: 9,36-11,1
3. El sermón de las parábolas: 13,1-53
4. El sermón eclesial: 18,1-19,1
5. El sermón escatológico: 23,1-26,1.

En Mt 4,17 Jesús da inicio a su vida pública anunciando la llegada del Reino y exhortando a la conversión: Ἀπὸ τότε ἤρξατο ὁ Ἰησοῦς κηρύσσειν καὶ λέγειν. Así que ya estamos en plena actividad pública de Jesús, la que se extiende hasta 16,20, y en donde se encuadra el primero y más extenso de los discursos de Jesús, como la primera gran acción suya, fundamental y característica. Aunque cada autor tiene sus preferencias para estructurar no solo el evangelio, sino cada discurso, incluso perícopas individuales, me uno a quienes defienden una estructura concéntrica¹⁴ para el Sermón de la montaña en Mateo, y con la justificación de esta estructura sigo a Klemens Stock (1991, p. 5-8), así:

- 5,1-2: la situación
- 5,3-16: introducción general
- 5,17-20: introducción a las normas particulares
- 5,21-48: relación con el prójimo
- 6,1-18: relación con Dios
- 6,19-7,11: relación con las cosas; 'juzgar'; 'dar'
- 7,12: conclusión para las normas particulares
- 7,13-27: conclusión general
- 7,28-8,1: la situación

La correspondencia no se da en todas las partes de la misma manera como aparece en 5,1-2 y 7,28-8,1, ambos fragmentos narrativos en donde se habla de la muchedumbre y de la enseñanza de Jesús. Al subir al monte (5,1) corresponde el bajar del monte (8,1); en 4,25 y en 8,1 el seguir la multitudes a Jesús (ἠκολούθησαν αὐτῷ ὄχλοι πολλοί) obedece en el primer caso a sus curaciones, en tanto que en 4,25 a su enseñanza con autoridad. También es clara la correspondencia entre 5,17-20 y 7,12, únicos pasajes en este discurso que traen la expresión ὁ νόμος καὶ οἱ προφῆται, que volvemos a ver en 22,40.

13 Para la bibliografía sobre la estructura del evangelio de Mateo cf: R. Riesner, Der Aufbau der Reden im Matthäusevangelium, Theologische Beiträge 9 (1978) 172 nota 4; U. Luz, Das Evangelium nach Matthäus. 1. Teilband Mt 1-7 (EKK I/1), Einsiedeln/Neunkirchen 1985 p. 15s.

14 R. Reisner, U. Luz y J. Kürzinger, entre otros.

5,21-7,11 se compone de tres fragmentos (5,21-48; 6,1-18; 6,19-7,11) distintos en forma y temática, pero que comparte el tratar de normas particulares. En 5,21-48, en relación con el comportamiento para con el prójimo, seis veces aparece la expresión “lo que fue dicho a los antiguos” (ἐρρέθη τοῖς ἀρχαίοις), que se opone en una clara antítesis a “lo que dice Jesús” (ἐγὼ δὲ λέγω ὑμῖν).

En 6,1-18 también encontramos la estructura antitética: Las tres formas clásicas de la devoción judaica (la limosna, la oración y el ayuno), las presenta Jesús oponiendo el falso comportamiento (6,2.5.16) al justo y correcto (6,3s. 17s.). En el centro de las tres prácticas, y del discurso de la montaña, Jesús expone su enseñanza sobre la oración. En el medio de ese centro se encuentra el Padre Nuestro (6,9-13), en el que Jesús nos revela a Dios como nuestro Padre.

El discurso de la montaña es la más amplia enseñanza de Jesús sobre Dios, nuestro Padre. Por eso no es casual que el Padre nuestro se encuentre en el centro de este discurso. En la sección central, por otra parte, no está solo presente nuestra relación con Dios, sino también con el prójimo (6,12.14-15) y con las cosas materiales (6,7-8.11). Estas otras relaciones, cuyo tratamiento forma el marco (5,21-48 y 6,19-7,11) de la parte en que se habla de la relación con Dios (6,1-18), están presentes también como marco para el Padre nuestro (6,7s.14s.) y en la misma oración (6,11s.) (Stock, 1991, p. 7).

6,19-7,11, aunque igual en extensión a su correspondiente 5,21-48, temáticamente es menos homogéneo.

Finalmente, la introducción (5,3-16) y conclusión (7,13-27) generales se corresponden en un elemento formal: en 5,3-10 y en 7,21-27 Jesús habla de manera general, en tercera persona, en tanto que en 5,11-16 y 7,13-20 se refiere directamente a su auditorio, en segunda persona, observación que puede subrayar el carácter concéntrico del discurso.

Vistas así las cosas, en el centro del discurso de la montaña está nuestra relación con Dios (6,1-19), para la cual 5,3-16, en donde están las bienaventuranzas que con seguridad podemos atribuirle a Jesús más que a los primeros cristianos (Meier, 2008, p. 400), es la puerta de entrada, la introducción que nos enseña una nueva manera de ser, de vivir ante los hombres y ante Dios.

En la parte introductoria del sermón del monte encontramos el inicio de la enseñanza de Jesús con las bienaventuranzas. Es una concatenación de ocho bienaventuranzas, con estructura tripartita y con una motivación claramente



escatológica. Son ocho, formuladas en la 3ª persona plural (5,3-10), y una, la última, en la 2ª persona plural, en 5,11-12.

Como se ha dicho arriba, cada una de estas bienaventuranzas se compone de tres partes: la proclamación del ser bienaventurados como tal, la caracterización de los destinatarios de la proclamación y la descripción de lo que desde ya vale para ellos (5,3.10) o de lo que les espera en el futuro (5, 4-9).

En relación con las personas implicadas, la primera parte designa el estado humano del ser totalmente felices; la segunda parte, las actitudes y situaciones humanas, y la tercera parte describe las diferentes formas en que los hombres son alcanzados por la acción de Dios.

Respecto al tiempo, en la primera y segunda partes no se indica, o sea que lo proclamado vale ya para el presente y las actitudes pertenecen al presente. En la tercera parte, por el contrario, sí se le da preferencia al futuro, extendiéndolo al futuro escatológico (cf 5,12: “porque grande es vuestra recompensa en los cielos”).

En cuanto a la concatenación lógica, la primera parte describe la consecuencia (el resultado), la segunda señala la condición y la tercera, la causa (introducida siempre con ὅτι, porque).

La causa de la felicidad perfecta no son las actitudes y situaciones humanas, sino el futuro ser alcanzados por la acción escatológica de Dios. Pero solo aquellos hombres que realizan en sí estas actitudes están preparados y pueden ser alcanzados por la acción de Dios que les hace completamente felices (Stock, 1991, p. 9).

Esta serie de bienaventuranzas permite ver una fractura o discontinuidad con las bienaventuranzas anteriores al sermón que nos ocupa, especialmente por la estructura tripartita y el contenido, pues aquí:

1. Felicitación inicial: Bienaventurado (μακάριος) siempre encabeza la frase.
2. La designación de los que sufren: solo el artículo definido, más un adjetivo o participio.

La razón escatológica para la felicidad: la oración causal con ὅτι introduce la promesa de salvación futura por parte de Dios, descrita en las bienaventuranzas segunda y tercera mediante una frase pasiva con el verbo en futuro de indicativo, que constituye una pasiva divina o pasivo teológico (i. e., Dios es el agente no mencionado) (Meier, 2008, p. 400).

Nos dice Meier que poco se advierte la rareza de esta precisa forma de bienaventuranza del Nuevo Testamento.

En ningún otro lugar de todo el NT se encuentra 1) una cadena de al menos tres bienaventuranzas, 2) todas expresadas con una concisión notable, que 3) presenten la forma específica de *a)* un μακάριος inicial, *b)* un grupo sufriente designado simplemente con el artículo definido, seguido de adjetivo o participio, y *c)* la razón para su felicidad, expresada mediante una oración causal con οἱτι que promete el cambio radical de su presente situación de sufrimiento por medio de algún don o acto escatológico de Dios (2008, p. 400).

2.1.2. En el evangelio de Lucas

Por lo que toca al sermón del llano o de la llanura que encontramos en Lucas (6,20-49), aunque la teología le ha prestado más atención (cf Bovon, 1995, p. 410) al sermón de la montaña de Mateo, para el de Lucas también es abundante la bibliografía que reportan los comentaristas¹⁵.

Muchos estudios y autores han tratado de descubrir y definir las relaciones (Bovon, 1995, p. 415).¹⁶ literarias entre los sermones de la montaña y del llano. Las soluciones van desde un único origen hasta dos discursos distintos. Se pueden destacar tres posiciones: “1. Mateo y Lucas tienen delante la misma fuente, que completan y adaptan; 2. Los dos disponen de fuentes distintas; 3. Uno de los dos, seguramente Lucas, conoce al otro, es decir, a Mateo” (Bovon, 1995, 415). Pero no podemos olvidar también el papel de la tradición oral en la transmisión del material evangélico y la libertad de cada evangelista para redactar con la intencionalidad teológica propia al momento de configurar su evangelio.

De todas maneras, aunque muchos estudiosos le apuestan a que Lucas nos ha dejado la versión del discurso más cercana a la fuente, por sus pocas modificaciones con respecto a las realizadas por Mateo, “Jeremías piensa que algunas de las diferencias observables entre los textos transmitidos por Mateo y Lucas son atribuibles a la diversa traducción de un mismo texto arameo que les serviría de fuente, y que habría sido elaborado en los primeros decenios después de la muerte de Jesús” (Cf. Jeremías, 1981, p. 246-247). (Brändle, 1983, 206-207). Lo

15 F. Bovon inicia su obra sobre el Evangelio según san Lucas con una abundante bibliografía. Reporta tanto comentarios como bibliografía general sobre este evangelio (1995, p. 14-26); más adelante registra una importante bibliografía sobre el tema específico del sermón de la llano (p. 409-410). También es importante consultar la bibliografía que sobre la teología lucana nos deja Emilio Rasco en *La teología de Lucas: origen, desarrollo, orientaciones* (1976).

16 Cf. R. Kieffer enumera quince soluciones teóricas para el problema de la relación entre estos dos sermones.

cierto es que “gran parte del material que sólo se encuentra en el discurso de Mateo lo reporta también Lucas, pero en el contexto del “viaje a Jerusalén” (Lc 9,51-19,46)” (Dillmann y Mora Paz, 2006, p. 166). Es decir, que también Lucas adapta (Cf. Dillmann y Mora Paz, 2006, 166) y organiza el material de este discurso según su intencionalidad teológica y su propio plan literario, sin descartar que dependa de una diferente recensión de la fuente “Q”.

El plan¹⁷ del evangelio de Lucas, después de su prólogo (1,1-4) y del conocido Evangelio de la infancia (1,5-2,52), podemos simplificarlo en tres períodos: Ministerio en Galilea (3,14-9,50); actividad, enseñanza y curaciones en el camino hacia Jerusalén (9,51-19,27); actividad y desenlace de su vida en Jerusalén (19,28-24,53).

Así, el sermón del llano se sitúa en la primera actividad de Jesús, quien recorriendo Galilea cura (4,14-6,19) y enseña (6,20-49). Aquí el contexto es Jesús que desciende de la montaña y sale al encuentro de un grupo de discípulos, sobre todo de pobres y menesterosos. Su enseñanza se dirige a todos¹⁸, al pueblo entero, incluyendo a los simpatizantes, y no solo a la Iglesia (los discípulos) y a sus ministros (los Doce). Es el universalismo de la oferta de salvación que hace Jesús.

En este discurso “la presencia de una introducción (6,20) y de una conclusión (7,1) demuestra que Lucas considera este pasaje (6,20-49) como un discurso seguido, con dos pausas: una marcada por el mismo Jesús v. 27, y la otra por una observación redaccional en el v. 39. Las bienaventuranzas y las maldiciones (v. 20-26) forman la primera parte de esta enseñanza; una serie de imperativos, la segunda (v. 27-38); y un encadenamiento de parábolas y de metáforas, la tercera (v. 39-49)” (Bovon, 1995, p. 411). Del mismo Bovon asumo y presento la siguiente estructura del sermón del llano, la cual relaciono con el fin de contextualizar la lista de bienaventuranzas; en esta estructura puede notarse que las series de bienaventuranzas y maldiciones abren la puerta a este corto sermón lucano:

1. El marco del discurso (6,17-19)
 - I. *Las bienaventuranzas y las maldiciones* (6,20-26)
2. Las bienaventuranzas (6,20-23)
3. Las maldiciones (6,24-26)
 - II. *El amor a los enemigos* (6,27-38)

¹⁷ No hay un acuerdo definitivo sobre la estructura del evangelio de Lucas. Dillmann y Mora Paz (2006, p. 15) piensan que “la presentación lucana de la obra de Jesús puede estar siguiendo la forma literaria “cantares de alabanza” (Loblieder)”, con los que se anunciaban las buenas obras de los dioses o grandes personajes.

¹⁸ Cf. Bovon, 1995, p. 411.

4. Amar a los enemigos (cuatro imperativos en segunda persona del plural) (6,27-28)
5. No devolver mal por mal (cuatro imperativos en segunda persona del singular) (6,29-30)
6. La regla de oro (6,31)
7. Argumentación mediante tres ejemplos (6,32-34)
8. Amar a los enemigos (tres imperativos en segunda persona del plural) (6,35a)
9. Doble promesa de su fundamento (6,35b)
10. Fórmula de reciprocidad (6,36)
11. No juzgar; dar (cuatro imperativos en segunda persona del plural) (6,37-38a)
12. La buena medida de la recompensa (6,38b)
13. La medida como exigencia (6,38c)
- III. *Los discursos parabólicos* (6,39-49)
14. El guía ciego (6,39)
15. El discípulo y su maestro (6,40)
16. La mota y la viga (6,41-42)
17. El árbol (6,43-44)
18. El hombre (6,45)
19. Señor, Señor (6,46)
20. Las dos casas (6,47-49)
21. Conclusión y transición (7,1)

Aunque nos interesa principalmente la lista de bienaventuranzas, debemos registrar que Lucas añade a esta una serie de maldiciones o ayes (6,24-26), desconocida en la versión de Mateo. Pero Lucas no es el único que une a la lista de bienaventuranzas una lista de maldiciones, pues un ejemplo de este procedimiento lo encontramos en Tobías 13,12. En el NT encontramos 37 maldiciones, de las cuales 15 pertenecen a Lucas.

Los “Ayes” traducen

un vocablo hebreo que equivale a un lamento funerario y cuyo uso más generalizado se encuentra en los oráculos de la literatura profética. Tras el grito se suele detallar una relación de personas y actividades, presuntamente enemigas o malvadas, contra las que se dirige la palabra (Gómez Acebo, 2008, p. 175).

2.2. Las dos listas de bienaventuranzas (Mateo y Lucas)

Las bienaventuranzas aparecen en dos formas distintas en los sermones de Mateo y de Lucas. La tradición más antigua sería en sentido general la de Mateo, según Meier (2008, p. 380-390). Sin adentrarnos en la interesante discusión de los



críticos para definir cuál de los dos evangelistas refleja la forma más original de Q, se puede afirmar con Meier, Schlosser, Fitzmyer, Davies y Allison, que Lucas tiene más probabilidades de ser redaccional que Mateo.

En un cuadro que presentamos a continuación se pueden comparar las dos formas que presenta la lista de las bienaventuranzas en ambos evangelios. Según esta comparación, se puede notar cómo en el evangelio de Mateo nos encontramos nueve bienaventuranzas (ocho breves, una larga), mientras que en el de Lucas nos encontramos cuatro (tres breves y una larga), a las que le siguen los llamados “ayes” respectivos (Meier, 2008, 453-454)¹⁹.

Según la teoría de las dos fuentes y siguiendo el orden de Mateo, se puede decir que las bienaventuranzas números 1 (pobres), 2 (afligidos), 4 (hambre) y 9 (la larga sobre persecución) proceden de Q, en tanto que las números 3 (mansos), 5 (misericordiosos), 6 (limpios de corazón), 7 (pacificadores) y 8 (la corta sobre persecución) proceden de la fuente especial de Mateo (M), de la redacción creativa mateana o de una mezcla de ambas (Meier, 2008, 387).

Versión de Mateo (5,3-12)	Versión de Lucas (6,20-23)
1. Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos (v. 3).	1. Bienaventurados ustedes los pobres, porque suyo es el reino de Dios (v. 20).
2. Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados (v. 4).	3. Bienaventurados los que ahora lloran, porque reirán (v. 21b).
3. Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra (5).	
4. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados (6).	2. Bienaventurados los que ahora tienen hambre, porque serán saciados (v. 21a).
5. Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia (v. 7).	

¹⁹ Meier sigue a Dupont y a la mayoría de los críticos al afirmar que los “ayes” del texto lucano no figuraban originalmente en la tradición de las bienaventuranzas procedentes del sermón de Q. Toma los argumentos de Dupont (*Les béatitudes* I, 299-342). Broer (*Die Seligpreisungen*, 19-38) es de la opinión de que Lucas no creó los “ayes”, sino que los tomó de una “forma más evolucionada de la tradición del sermón, donde estaban ya presentes junto con las bienaventuranzas”. En otro sentido está Fitzmyer (*Luke* I, 627) quien cree, en cambio, que «la abundancia de vocabulario propio de Lucas en esos versículos indica que [los “ayes”] deben ser atribuidos a la composición lucana».

6. Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios (v. 8).	
7. Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios (v. 9).	
8. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos (v. 10).	
9. Bienaventurados serán cuando les insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de mí (v.10). Regocíjense y alégrese, porque su recompensa en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes (vv. 11-12)	4. Bienaventurados ustedes cuando los hombres les aborrezcan, cuando les excluyan, insulten y maldigan su nombre, por causa del Hijo del Hombre. Alégrese en ese día y salten de gozo, porque miren, su recompensa es grande en el cielo, pues sus padres trataban de la misma manera a los profetas (vv. 22-23).

Las cuatro bienaventuranzas procedentes de Q se podrían esquematizar en el siguiente modelo (Meier, 2008, p. 390-391):

- | | |
|----------------------------------|---|
| 1. Dichosos los pobres, | porque de ellos es el reino de los cielos. |
| 2. Dichosos los afligidos, | porque serán consolados. |
| 3. Dichosos los que hambrientos, | porque serán saciados. |
| 4. Dichosos ustedes cuando les | injurien y [les] persigan y digan
contra ustedes toda clase de
calumnias por causa del Hijo del
hombre. Regocíjense y alégrese,
porque su recompensa es grande en el cielo. |

Con gran probabilidad, las tres primeras bienaventuranzas fueron pronunciadas y transmitidas juntas desde el principio, en tanto que la cuarta se diferencia de las anteriores, además de su forma, por la extensión y contenido, lo que sugiere “que no perteneció originalmente a la colección de las tres primeras” (Meier, 2008, p. 391). Aquí se declara felices a quienes voluntariamente sufren persecución por su libre adhesión a Jesús y a su evangelio.

Así, entonces, la forma más primitiva de las bienaventuranzas de Q llegadas hasta nosotros sería:

Felicitación de estado

1. Dichosos los pobres,
μακάριοι οἱ πτωχοὶ
2. Dichosos los afligidos,
μακάριοι οἱ πεινθοῦντες
Dichosos los hambrientos,
μακάριοι οἱ πεινῶντες

Cambio de estado

- porque de ellos es el reino de los cielos.
ὅτι αὐτῶν ἐστὶν ἡ βασιλεία τῶν οὐρανῶν
- porque serán consolados
ὅτι αὐτοὶ παρακληθήσονται
- porque serán saciados
ὅτι αὐτοὶ χορτασθήσονται

En cuanto a la autenticidad de esta serie, con gran probabilidad podemos afirmar que Jesús, como maestro de sabiduría y profeta escatológico, hizo uso de bienaventuranzas en su predicación. Ahora, “la cuestión no es, por tanto, si Jesús pronunció bienaventuranzas, sino si alguna en concreto de las recogidas en los Evangelios puede ser atribuida con bastante certeza al Jesús histórico” (Meier, 2008, 395).

El problema de la atribución es especialmente difícil en el caso de las bienaventuranzas. Éstas, por su pertenencia a la tradición sapiencial —la más “ecuménica” e “internacional” de las tradiciones bíblicas—, fueron utilizadas dentro y fuera de Israel durante siglos, antes y después de Jesús. ¿Cómo averiguar, entonces, si una determinada bienaventuranza salió realmente de labios de Jesús o si simplemente le fue atribuida después por los cristianos? Afortunadamente, la probabilidad de una introducción de material foráneo en la tradición de Jesús disminuye un tanto en el caso de las bienaventuranzas pertenecientes al sermón de la montaña/llanura, puesto que reflejan no tradiciones sapienciales de tipo general, tan abundantes en el Próximo Oriente antiguo, sino unas determinadas esperanzas escatológicas/apocalípticas en consonancia con el mensaje escatológico de Jesús que ya hemos visto. Subsiste, no obstante, la posibilidad de que esas bienaventuranzas hubiesen sido pronunciadas por profetas judeocristianos primitivos en nombre de Jesús resucitado y luego fueran puestas en labios del Jesús terreno. Ahora bien, ¿hasta qué punto es verosímil la transferencia de la autoría en el caso de las bienaventuranzas —sobre todo las tres medulares— del sermón de la montaña/llanura? (...) De hecho, la posibilidad de una transferencia a Jesús efectuada por cristianos es más débil de lo que a primera vista podría parecer. Los autores neotestamentarios, salvo en los Evangelios y —significativamente— el Apocalipsis, utilizan raramente las bienaventuranzas (Meier, 2008, p. 396).

De modo que no debemos dudar de que las bienaventuranzas del sermón son dichos auténticos²⁰ de Jesús, aunque para muchos son más el producto del cristianismo primitivo. Pero son fuertes los criterios de discontinuidad (Meier, 2008, p. 400) para atribuir estas bienaventuranzas al mismo Jesús y no a los primeros cristianos. A este propósito también nos sirve de apoyo el criterio de coherencia (Meier, 2008, p. 401), ya que las bienaventuranzas medulares del sermón de Q concuerdan perfectamente con otros dichos sobre el reino de Dios, e inclusive aunque más débilmente, el criterio de testimonio múltiple.

2.3. Lo que nos enseñan las bienaventuranzas del Monte y del Llano

Llegados a este punto, nos resta anotar algo sobre el mensaje de estos pasajes “macáricos”. Las tres bienaventuranzas medulares del sermón de Q muestran que:

En el centro del mensaje de Jesús está la promesa de la venida definitiva de Dios como rey, quien pondrá fin al presente estado de cosas revelándose con todo su poder y gloria. En el reino que establezca invertirá la suerte de los que sufren injustamente en este mundo: los afligidos serán consolados; los hambrientos, saciados en el banquete escatológico... En suma, la idea de que la escatología futura (con alguna coloración apocalíptica) es una parte esencial de la predicación de Jesús encuentra apoyo en las bienaventuranzas medulares del sermón de Q, que son coherentes con ella (Meier, 2008, p. 405).

Las bienaventuranzas que se refieren a los mansos, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacificadores y los perseguidos por causa de la justicia, muchas veces son vistas como de segundo orden al suponerse que no proceden directamente de Jesús, sino de la redacción mateana o de una tradición de la primera época cristiana. Pero no hay elementos fuertes que pidan desechar esas bienaventuranzas, pues no hay una clara certeza de que sean tan “sólo creaciones redaccionales de un Mateo supuestamente moralista”. En todo caso “no hay razones sólidas para atribuir a labor redaccional las bienaventuranzas mateanas señaladas y sí algunos indicios para adscribirlas hipotéticamente a la tradición especial” de la fuente de Mateo” (Meier, 2008, p. 407).

Ahora bien, es interesante lo que hace notar Meier: que si las bienaventuranzas de la fuente especial de Mateo (M) proceden realmente de una tradición premateana, estaríamos ante un interesante paralelo entre las bienaventuranzas de Q y las de M; ambas tenían una referencia a los *‘anawim* (los “pobres” o “humildes”), enumeraban

20 Cf. BORING (M. Eugene), *The Continuing Voice of Jesus*, 195 (citado por Meier), presenta detalladamente la aplicación de los criterios de autenticidad a las bienaventuranzas.

varias bienaventuranzas más y finalizaban con una sobre persecución. Así que es posible pensar en que las series Q y M fueran dos ejemplos subsistentes de varias listas de bienaventuranzas atribuidas a Jesús y que eran conocidas y circulaban en la Iglesia primitiva (Meier, 2008, p. 407).

Lo anterior nos confirma que Jesús se sirvió de bienaventuranzas y usó series de ellas, como Ben Sirá y Qumrán. Además, es claro que Jesús habló de una recompensa de Dios y que exhortó con la promesa de un premio, incluso en la tradición lucana. Por tanto, no es anómala la invitación de Mateo a la acción virtuosa con la promesa de una recompensa final.

No obstante, debemos afirmar que:

Ninguna de las anteriores consideraciones, ni todas ellas juntas, prueban que el Jesús histórico pronunciase la totalidad o cierto número de las bienaventuranzas de M. Pero, si alguna es juzgada auténtica —e indudablemente se puede elaborar un argumento a partir de su coherencia con las exhortaciones básicas de Jesús a la misericordia, al amor y al perdón, así como desde el paralelo de forma y función hallado en Lc 14,14—, confirmará lo que hemos visto en las bienaventuranzas de Q: Jesús esperaba la salvación futura definitiva llevada a cabo por Dios. Las bienaventuranzas de M presentan esa salvación más bien como la fiel recompensa de Dios a los miembros fieles de su pueblo de la alianza, pero la bienaventuranza final sobre persecución mantiene, al menos de manera implícita, el tono de resarcimiento final de los injustamente oprimidos y, por tanto, de cambio de tornas escatológico (Meier, 2008, p. 409).

Al margen de estas consideraciones, que nos abren la vía de acceso a profundizaciones más detalladas, lo más importante de las bienaventuranzas del Sermón del Monte es su mensaje, su enseñanza, su capacidad para hacernos caer en la cuenta de que Dios, en Jesús, nos ofrece una manera alternativa y contraria a los intereses del mundo para vivir nuestra existencia en el gozo de la gracia recibida. Por eso las bienaventuranzas son un alegre anuncio, son una nueva y buena noticia que debe ser escuchada y acogida por quienes deseen ser verdaderos discípulos del Maestro.

Efectivamente, las bienaventuranzas son la Buena Noticia porque anuncian la alegría más grande y real, pues está fundada en la acción de Dios; anuncian la plenitud y totalidad de la alegría, totalidad simbolizada en el número ocho, que indica la plenitud celeste; Jesús ha venido para anunciar la plenitud de la alegría y para señalarnos el camino para lograrlo. Esta plenitud de la alegría no se consigue de

manera fácil o de forma automática; es necesario asumir los valores del Reino que las bienaventuranzas proclaman, por eso en cada una Jesús indica las condiciones, enseña el camino, la preparación necesaria por parte del hombre, y muestra el actuar de Dios, que, en definitiva, es la causa de esta alegría (Meier, 2008, p. 24-25).

En un interesante curso sobre las bienaventuranzas del Sermón del Monte, Klemens Stock (1991, p. 131-134) hacía estas preguntas: ¿Qué elemento se encuentra en primer plano y es el principal, el segundo o el tercero de su estructura tripartita, las condiciones o la promesa? ¿Son un programa para la necesaria y más alta actividad humana, un catálogo de normas o la buena noticia de lo que Dios realiza en favor de los hombres? ¿Son Ley o Evangelio? A lo que respondía que las bienaventuranzas no están formuladas como puras normas, como “Sean pobres en el espíritu, tengan hambre y sed de justicia...”, ni están formuladas como puras promesas, sino que se presentan en una estructura tripartita en la que todas las partes son esenciales, pero que nos permite indagar cuál es la principal.

De modo que es necesario tener siempre presente que las bienaventuranzas son evangelio, buena noticia, para los hombres de parte de Dios, y muestran que “se ha acercado el reino de los cielos” (4,18), evidencian lo que Dios está dispuesto a hacer por los hombres desde ahora, y qué futuro será posible si acceden a la puerta que se ha abierto.

Estamos ante algo paradójico: el mal llega a ser promesa si lo logramos ver desde el prisma de Dios:

Las bienaventuranzas son una paradoja: se invierten los criterios del mundo apenas se ven las cosas en la perspectiva correcta, esto es, desde la escala de valores de Dios, que es distinta de la del mundo. Precisamente los que según los criterios del mundo son considerados pobres y perdidos son los realmente felices, los bendecidos, y pueden alegrarse y regocijarse, no obstante todos sus sufrimientos. Las Bienaventuranzas son promesas en las que resplandece la nueva imagen del mundo y del hombre que Jesús inaugura, y en las que «se invierten los valores». Son promesas escatológicas, pero no debe entenderse como si el júbilo que anuncian deba trasladarse a un futuro infinitamente lejano o sólo al más allá. Cuando el hombre empieza a mirar y a vivir a través de Dios, cuando camina con Jesús, entonces vive con nuevos criterios y, por tanto, ya ahora algo del *éschaton*, de lo que está por venir, está presente. Con Jesús, entra alegría en la tribulación (Benedicto XVI, 2007, p. 99).

Las bienaventuranzas no nos sitúan, en primer lugar, frente a un programa social o a un programa de lo que el hombre debe hacer para realizar su felicidad y su futuro; por supuesto que incluyen esto, y las transformaciones serán posibles en la medida en que la actividad humana y la responsabilidad comunitaria surjan como fruto de la fe y de la acogida de la propuesta de Jesús, propuesta que será posible llevar a cabo porque al inicio de todo buen obrar está la gracia de Dios que lo quiere, lo permite y lo posibilita. Por eso, las bienaventuranzas se deben comprender y leer partiendo de sus partes finales, que mediante su función sintáctica -que transmite la real- expresan la base de todo lo que precede. Tales partes finales abren la mirada a la plenitud de las acciones salvíficas de Dios, revelan un futuro y un cumplimiento que el hombre, por sí mismo, no puede imaginar y, aún menos, esperar. Constituyen una verdadera buena noticia, la proclamación de una alegría impensable. Explicitando y leyendo en continuidad estas terceras partes, recibimos este mensaje: Dios, omnipotente rey y pastor, está totalmente de su parte; Dios les consolará, cambiará definitivamente su destino doloroso por una existencia de alegría; Su Padre Dios, con disposición testamentaria, ha destinado para ustedes la tierra, el espacio de una vida tranquila y segura; Dios les saciará, les asegurará la plenitud de la vida; Dios tendrá misericordia de ustedes, les perdonará todas sus culpas; Dios saldrá de su estado velado y escondido y se les presentará en un encuentro personal e inmediato; Dios les reconocerá como sus verdaderos hijos, les hará entrar en su familia; Dios, el omnipotente rey y pastor está totalmente de su parte (Stock, 1991, p. 132-133).

Pero también es importante tener en cuenta las respectivas segundas partes de las bienaventuranzas, pues ellas nos hacen caer en cuenta de la necesidad de la cooperación humana para que se logre el objetivo buscado por el obrar divino y alcance su eficacia. Estas segundas partes indican las normas de un actuar humano, por medio del que el hombre se dispone a acoger, a recibir la acción de Dios. Sin embargo, tampoco el obrar humano, puede ser eficaz si es independiente del actuar de Dios; sigue siendo el anuncio de la acción divina el elemento más fundamental.

Recordemos que en la concatenación lógica de la estructura tripartita se hace patente que la tercera parte indica la causa ($\delta\tau\iota$) de la primera: son proclamados bienaventurados porque Dios actuará de tal manera, de modo que las terceras partes nos indican la causa de la felicidad. Pero parece que también tengan tal función para las segundas partes, es decir, el $\delta\tau\iota$ puede referirse a ambas partes que lo preceden. Esto significa que la acción de Dios constituye la base y la condición posibilitadora de una tal acción humana; los hombres que aceptan con fe el mensaje sobre Dios y sobre sus acciones llegan a ser capaces de actuar en el modo indicado: Pueden ser conscientes de su pobreza, no deben negarla, porque Dios omnipotente está de su parte; pueden dejarse alcanzar por los sufrimientos, no deben endurecerse, porque Dios les consolará; pueden ser mansos, no deben afirmar su vida en la violencia,

porque Dios ya ha destinado para ustedes el espacio de vida; pueden orientar toda su hambre y su sed hacia la justicia, no deben preocuparse con afán de las necesidades terrestres, porque Dios les asegura la plenitud de vida; pueden perdonar a sus deudores y tener toda especie de misericordia, no deben estar cerrados, concentrados angustiosamente en su propio interés, porque Dios es generoso con ellos; pueden ser puros de corazón, determinados sólo por la voluntad de Dios, no deben tener otros intereses, porque Dios les hará el don de tener un encuentro inmediato con Él; pueden empeñarse por la paz, no deben devolver las ofensas y los sufrimientos recibidos, porque Dios les hace formar parte de su familia; pueden soportar el rechazo hasta la muerte, no deben ceder a las presiones de los hombres para salvarse, porque Dios omnipotente está de su parte (Stock, 1991, p. 133-134).

Así que, el factor ‘evangelio’ está representado tanto en la primera parte (felices) como en la tercera (acción de Dios): esta última ocupa un puesto y una función basilar: la acción de Dios funda tanto la bienaventuranza como la acción humana. Las tres partes son esenciales e imprescindibles, pero el fundamento de todo está en la acción de Dios, por eso, el mensaje que la proclama es siempre ‘evangelio’.

Como hemos visto, en Lucas (6,20-23) tenemos el paralelo de las bienaventuranzas del Sermón del Monte, aunque aquí la serie se limita a cuatro “macarismos”, seguidos, eso sí, de los cuatro “¡ayes!”, correspondientes a esas bienaventuranzas (6,24-26).

Estamos en un nivel distinto: ahora se dirigen directamente a los discípulos en segunda persona (“ustedes”), describiéndolos como personas que son objeto de pobreza, de sufrimiento, de toda clase de malos tratos en contraposición con quienes viven una existencia sin problemas:

Evidentemente, en este caso no se trata ya de disposiciones espirituales, sino de condiciones exteriores, económicas y sociales, sumamente penosas. Las tres primeras bienaventuranzas, en particular, no indican tres categorías distintas, sino un mismo y único grupo, en el que los pobres son al mismo tiempo aquellos que sufren el hambre y cuya aflicción provoca lágrimas. La misma situación miserable es considerada simplemente desde tres puntos de vista diferentes (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 269).

Las series de Mateo y las de Lucas tienen diversos acentos, que pueden acercarse o distanciarse, según la orientación que se tome. No obstante, “parece probable que en su tenor original estas bienaventuranzas querían referirse al oráculo profético de Is 61,1-3” (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 270),

el cual cumplen: “El Señor me ha mandado a llevar la buena nueva a los pobres”. Efectivamente, cuando Jesús responde a los enviados por Juan Bautista, describe su actividad refiriéndose a este oráculo: “a los pobres es anunciada la buena noticia” (Mt 11,5). Aquí hay una nota característica de su ministerio, que encontramos especialmente en la primera bienaventuranza de ambas series: “Bienaventurados los pobres (en el espíritu), porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3; Lc 6,20).

Para Lucas fue clara la importancia de este oráculo, el cual cita en su evangelio:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19), aunque deja por fuera una parte de la frase que interesa a las bienaventuranzas: “A consolar a todos los afligidos” (Is 61,2). De modo que tenemos que aceptar que los *pobres* y los *afligidos* son los destinatarios privilegiados del anuncio del evangelio.

Así que, desde el punto de vista cristológico, las bienaventuranzas asumen la importancia de una proclamación mesiánica; con la primera bienaventuranza Jesús actualiza la promesa de Is 61,1, presentándose a sí mismo como el mensajero divino en el que se cumple la profecía y se identifica con el personaje del que hablaba el profeta (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 271).

Pero las bienaventuranzas no agotan su sentido en la enseñanza cristológica; ellas tienen su punto de referencia en Dios, por eso hay que leerles su significado “teológico”. Dios se manifestará plenamente como rey cuando, tomando en serio sus prerrogativas reales, ponga fin al sufrimiento de los pequeños, los pobres e indefensos, haciendo de ellos los primeros y principales beneficiarios de su reino; “esto es lo que tiene que recordar la promesa: ‘De ellos es el reino de Dios’. No se trata de algo que poseer, sino de alguien que se hará cargo de ellos eficazmente” (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 271). Es Dios reinando, actuando en el actuar de cada creyente, como llega a ser realidad la promesa mesiánica y “macárica”. Por eso debemos afirmar que las bienaventuranzas son expresiones concretas de la buena nueva, de que Dios ya está con nosotros, de que su reino está presente:

Este mensaje fundamental (kérygma), que revela el significado teo-lógico y cristo-lógico del momento presente de la historia de la salvación, es también el presupuesto a partir del cual se pueden comprender las relecturas catequéticas que tienen su testimonio en las versiones de Mateo y de Lucas (Dupont, citado en Rossano, Ravasi y Girlanda, 1990, p. 271).

Aunque podamos, y debamos, hacer aplicaciones pastorales y catequesis que ayuden al pueblo a comprender y a vivir las consecuencias para la vida diaria de las bienaventuranzas, no podemos perder de vista la importancia del mensaje doctrinal que ellas expresan.

2.4. Otros textos de bienaventuranzas en el Nuevo Testamento

Lo dicho hasta aquí se refiere a las clásicas fórmulas de bienaventuranza que encontramos en los sermones del monte y del llano de Mateo y de Lucas. Pero, aunque el objeto de este trabajo es centrar la atención en las otras bienaventuranzas que encontramos en el género literario evangélico del Nuevo Testamento y en particular en los evangelios de Mateo, Lucas y Juan, es útil hacer mención además, antes de terminar este capítulo, a las bienaventuranzas que nos encontramos en general en el Nuevo Testamento²¹. Son 55 ocasiones en 42 versículos²²; relativamente pocos, pero suficientes para que hacerse una idea de hacia dónde se orientan las bienaventuranzas que no pertenecen al conocido sermón del monte (Mt 5,3-12) y a su paralelo en el sermón del llano (Lc 6,20-23).

Estos 42 versículos del Nuevo Testamento contienen en cincuenta (50) ocasiones el adjetivo *makarios* (Dupont, citado en Rossano, Ravasi & Girlanda, 1990, p. 267). En seis casos no se trata de bienaventuranzas estrictamente hablando (Hch 20,35²³; Hch 26,24²⁴; 1Co 7,40²⁵; 1Tm 1,11²⁶; 1Tm 6,15²⁷; Tt 2,13²⁸). Los otros 44 casos pertenecen al género en un sentido menos estricto, especialmente en razón de su estructura bipartita. Estos casos los encontramos distribuidos así:

- Evangelio de Mateo: 13 veces (5,3-11 (9x); 11,6; 13,16; 16,17; 24,46).
- Evangelio de Lucas: 15 veces (1,45; 6,20-22 (4x); 7,23; 10,23; 11,27.28; 12,38.37.43; 14,14.15; 23,29).

21 Μακάριοι (bienaventurados) 26x, μακάριος (bienaventurado) 16x, μακαρία (bienaventurada) 2x, μακάριον (bienaventurado) 2x, μακαρισμός (bienaventuranza, bendición) 2x, μακάριαι (bienaventuradas) 1x, μακαρίαν (bienaventurada) 1x, μακαρίζομεν (considerar o proclamar bienaventurado) 1x, μακαρίου (bienaventurado, glorioso) 1x, μακαριοῦ σὶν (considerar bienaventurado) 1x, μακαρισμόν (bienaventuranza) 1x, μακαριωτέρα (más feliz) 1x (Cf. Bible Works 7).
22 Mt 5,3; Mt 5,4; Mt 5,5; Mt 5,6; Mt 5,7; Mt 5,8; Mt 5,9; Mt 5,10; Mt 5,11; Mt 11,6; Mt 13,16; Mt 16,17; Mt 24,46; Lc 6,20; Lc 6,21; Lc 6,22; Lc 7,23; Lc 10,23; Lc 11,28; Lc 12,37; Lc 12,38; Lc 12,43; Lc 14,14; Lc 14,15; Lc 23,29; Jn 13,17; Jn 20,29; Hch 20,35; Hch 26,2; Rm 4,7; Rm 4,8; Rm 14,22; 1Ti 6,15; St 1,25; 1Pe 3,14; 1Pe 4,14; Apo 1,3; Apo 14,13; Apo 16,15; Apo 19,9; Apo 20,6; Apo 22,7.

23 “Y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Más bienaventurado (μακάριον) es dar que recibir.”

24 Pablo se considera *afortunado* (μακάριον) de poder defenderse ante el rey Agripa.

25 Pablo afirma que la viuda si no vuelve a casarse será *más feliz* (μακαριωτέρα).

26 “Según el glorioso evangelio del Dios bendito (τοῦ μακαρίου Θεοῦ)...

27 La manifestación del “bienaventurado y único Soberano” (ὁ μακάριος καὶ μόνος δυνάστης)...

28 “Aguardando la esperanza bienaventurada” (τὴν μακαρίαν ἐλπίδα).

- Corpus joaneo. Evangelio: 2 veces (13,17 y 20,29); Apocalipsis: 7 veces (1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6 y 22,7).
- En el resto del Nuevo Testamento: Romanos 3x (4,7.8; 14,22); Santiago 2x (1,12.25); 1Pedro 2x (1P 3,14; 4,14).
- También debe relacionarse en este elenco dos usos de makarízō, “proclamar dichoso” (Lc 1,48; St 5,11) y tres de otros “macarismos” (Rm 4,6; Rm 4,9; Jds 4,15).

Enumeramos en particular los que pertenecen a los géneros literarios del Nuevo Testamento diferentes a los evangelios, sin hacer ningún comentario de los mismos a diferencia de lo que se va a presentar en el próximo capítulo sobre los otros textos (las otras bienaventuranzas de los evangelios de Mateo, Lucas y Juan).

1. *Hech 20,35*. Pablo afirma: “En todo les mostré que así, trabajando, deben ayudar a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Más *bienaventurado* es dar que recibir» (μακάριόν ἐστιν μᾶλλον διδόναι ἢ λαμβάνειν)”.
2. *Hech 26,2*. Igualmente Pablo utiliza ante el rey Agripa el lenguaje de los “macarismos”: “Con respecto a todo aquello de que los judíos me acusan, me considero *afortunado* (ἡγῆμαι ἐμαυτὸν μακάριον), *oh* rey Agripa, de poder presentar hoy mi defensa delante de ti”.
3. *Rm 4,6-9*. Pablo se refiere a David hablando de la bendición (μακαρισμὸν) del hombre justificado no por las obras. Dentro de ese texto van insertos dos “macarismos”: “*Bienaventurados* aquéllos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Μακάριοι ὧν ἀφέθησαν αἱ ἀνομίαι καὶ ὧν ἐπεκαλύφθησαν αἱ ἁμαρτίαι). *Bienaventurado* el hombre cuyo pecado el señor no tomará en cuenta (μακάριος ἀνερ οὗ οὐ μὴ λογίσθαι κύριος ἁμαρτίαν).
4. *Rm 14,22*. De nuevo tenemos a Pablo: “La fe que tú tienes, tenla conforme a tu propia convicción delante de Dios. *Dichoso* (Μακάριος ἀνὴρ) el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba”.
5. *1Cor 7,39-40*. Pablo hablando de la mujer viuda dice que ella es más dichosa si no se vuelve a casar: “La mujer está ligada mientras el marido vive; pero si el marido muere, está en libertad de casarse con quien desee, solo que en el

Señor. Pero en mi opinión, será *más feliz* si se queda como está (μακαριωτέρα δέ ἐστιν ἐὰν οὕτως μείνη)”.

6. *St 1,12*. “*Bienaventurado* el hombre que persevera bajo la prueba (Μακάριος ἄνθρωπος ὃς ὑπομένει πειρασμόν), porque una vez que ha sido aprobado, recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que le aman”.
7. *St 1,22-25*. En relación con la práctica de la Palabra de Dios y el cumplimiento de los mandamientos, Santiago afirma: “Sean hacedores de la palabra y no solamente oidores que se engañan a sí mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor, es semejante a un hombre que mira su rostro natural en un espejo; pues después de mirarse a sí mismo e irse, inmediatamente se olvida de qué clase de persona es. Pero el que mira atentamente a la ley perfecta, la ley de la libertad, y permanece en ella, no habiéndose vuelto un oidor olvidadizo sino un hacedor eficaz, éste será *bienaventurado* (μακάριος) en lo que hace”.
8. *St 5,11*. Santiago presenta como bienaventurados a quienes sufrieron (μακαρίζομεν τοὺς ὑπομείναντας).
9. *1Ped 3,14*. Pedro dice que es una bienaventuranza sufrir por la justicia: “Pero aun si ustedes sufren por causa de la justicia, *dichosos son* (μακάριοι)”.
10. *1Ped 4,14*. El sufrimiento y la persecución por el nombre de Cristo es causa de bienaventuranza para el discípulo de Jesús: “Si son vituperados por el nombre de Cristo, dichosos son (μακάριοι), pues el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre ustedes. Ciertamente, por ellos Él es blasfemado, pero por ustedes es glorificado”.
11. *Apoc 1,3*. Al inicio del libro del Apocalipsis encontramos estas palabras: “*Bienaventurado* (Μακάριος) el que lee y los que oyen las palabras de la profecía y guardan las cosas que están escritas en ella, porque el tiempo está cerca”.
12. *Apoc 14,13*. También la bienaventuranza es para quienes mueren en el Señor: “Y oí una voz del cielo que decía: Escribe: “*Bienaventurados* los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor (μακάριοι οἱ νεκροὶ οἱ ἐν κυρίῳ ἀποθνήσκοντες)”. Sí -- dice el Espíritu -- para que descansen de sus trabajos, porque sus obras van con ellos”.



13. *Apoc 16,15*. “He aquí, vengo como ladrón. *Bienaventurado* el que vela y guarda sus ropas (μακάριος ὁ γρηγορῶν καὶ τηρῶν τὰ ἱμάτια αὐτοῦ), no sea que ande desnudo y vean su vergüenza”.
14. *Apoc 19,9*. “Y el *ángel* me dijo: Escribe: “*Bienaventurados* los que están invitados a la cena de las bodas del Cordero (μακάριοι οἱ εἰς τὸ δεῖπνον τοῦ γάμου τοῦ ἀρνίου κεκλημένοι).” Y me dijo: Éstas son palabras verdaderas de Dios”.
15. *Apoc 20,6*. “*Bienaventurado* y santo es el que tiene parte en la primera resurrección (μακάριος καὶ ἅγιος ὁ ἔχων μέρος ἐν τῇ ἀναστάσει τῇ πρώτῃ); La muerte segunda no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él por mil años”.
16. *Apoc 22,7*. “He aquí, yo vengo pronto. *Bienaventurado* el que guarda las palabras de la profecía de este libro” (μακάριος ὁ τηρῶν τοὺς λόγους τῆς προφητείας τοῦ βιβλίου τούτου)”.
17. *Apoc 22,14*. “*Bienaventurados* los que lavan sus vestiduras (Μακάριοι οἱ πλύνοντες τὰς στολὰς αὐτῶν) para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas a la ciudad”.